

claro, dentro de lo que para Heidegger puede ser la claridad, que su pensamiento es problemático y que sabe perfilarse como tal aunque no se admita como tal, dada su estructura monológica. Si aceptarse como histórico pudiera equivaler a aceptarse como alienado al acontecer, entonces cabría la crítica de la historia por la historia misma, un diálogo al que Heidegger no tiene acceso.

Mao. La historia desconocida, *Jung Chang y Jon Halliday. Traducción de Amado Diéguez y Victoria Gordo del Rey. Taurus, Madrid, 2006, 1029 pp.*

Varios méritos superpuestos reúne este frondoso libro. Uno, el rescate de 300 entrevistados que conocieron a Mao Zedong y cuyos testimonios sería imposible reconstruir; otro, la rebusca de archivos y hemerotecas hasta dar con el Mao cotidiano, íntimo y público; otro, que, siendo la autora hija de maoístas y acérrima enemiga del dictador, ha optado por la acumulación documental que permite al lector tomar las debidas distancias, subrayadas por el concurso de Halliday, historiador él mismo y especializado en el mundo chino.

Militar de escasa actuación, filósofo de medio nivel, pensador

político elemental, Mao se convirtió en un mausoleo de mitos revolucionarios gracias al servicio de un mito mayor: el tercermundismo, la fantasía de la izquierda del mundo desarrollado acerca de las potencias revolucionarias de los países atrasados. En rigor, Mao fue un político de tradición china con una extrema habilidad para hacer, deshacer y rehacer alianzas —con Stalin, con los nacionalistas de Chang, con los Estados Unidos de Nixon, con los aliados occidentales de Stalin— que le abrieron el camino hacia el poder. Melancólico y cruel, amo del terror, ineficaz en lo económico y astuto en lo propagandístico, reunió los trozos de una China despiezada por la guerra civil y la convirtió en una potencia mundial. Sus herederos, los nuevos mandarines del neocapitalismo de Estado, aniquilaron una de sus obras maestras, la Revolución Cultural, y se han dedicado a la mercadotecnia.

Todo esto desfila con parsimonia china en el enjundioso y microscópico libro de Chang y Halliday. El personaje acaba imponiendo un respeto aterrorizado, ajeno a cualquier tierna admiración. Los señores de la guerra son los señores de la historia. Quizá sea la única estricta doctrina del maoísmo.

Arnold Schönberg. Ética, estética, religión, *Jordi Pons. Acantilado, Barcelona, 2006, 275 pp.*

Aparte de su importancia como parteaguas en la historia tonal de la música, Schönberg fue un pensador aforístico que siempre meditó acerca de lo hecho y por hacer. Tenía la fe del desilusionado y la compensó con la fe en el signo musical, que dice lo que no se puede decir de otro modo, alcanzando la mayor cota de necesidad, claridad, coherencia y comprensibilidad. Ni feo ni bello, el signo musical, por su necesidad, hace extraordinario el sonido corriente. Y esto es la música schönbergiana. Así es que el arte, evento simbólico, aunque no diga la verdad es verdadero por su relación de veracidad con el artista y, a su través, con la humanidad.

La música es idea pero idea en metamorfosis, que varía constantemente al producirse y desarrollarse. En esto difiere de la palabra, que propende a la fijeza semántica. En tal dicotomía se sitúan Brahms y Wagner, a los cuales Schönberg intentó conciliar en un canto que fuera a la vez habla. En el horizonte, la mística de los números (la Cábala) estimuló a este agnóstico que retornó al judaísmo por solidaridad con los perseguidos.

Pons, buen conocedor del Schönberg músico y del pensador,

hábil para situar al artista tratado en la telaraña cultural de aquella Viena suntuosa de ruina y de imaginación, ofrece una ordenada topografía schönbergiana, en un lenguaje diáfano y seguro. Nos permite acercarnos al músico en el silencio de la lectura, dando lugar a esa callada música que es el canto de las ideas.

Imaginarios sociales modernos, *Charles Taylor. Traducción de Ramón Vilá Vernis. Paidós, Barcelona, 2006, 226 pp.*

En un recuento que nos conduce hasta el siglo XVII, el profesor de Oxford rastrea las raíces de la modernidad, que halla en las teorías jusnaturalistas de Pufendorf y Grocio: admisión de unos derechos naturales inherentes al ser humano y anteriores al Estado y la sociedad. Luego se desvincula esta construcción de toda trascendencia, se profaniza la vida social y se sustituye la naturaleza por el contrato. Las bases de la convivencia –civilidad, beneficio mutuo, individualismo– se pueden alterar por medio de convenciones que sustituyen a otras convenciones.

El hombre moderno se desarraiga de la tribu y se libera de una identidad inexcusable. Puede trasladarse, mezclarse, reformularse, ejerciendo la soberanía del indivi-

duo sobre sí mismo. Le importan las ideas –cortesía, buenas maneras, educación sentimental– que se viven en variables circunstancias sociales. Propende a la crisis que altera los vínculos comunitarios y su vocación es revolucionaria. Taylor permanece en un sereno y nítido lugar de observador, para el cual la historia es un ejercicio de ideas en prácticas, sin regla fija de motivación. Se trata siempre de construir imaginarios sociales, es decir formas de convivencia que importen unos elementos hábiles para imaginar el complejo tejido de relaciones llamado sociedad.

Las fuentes de Taylor están declaradas y lo incluyen en una tradición: Weber, Elias, Berlin, Caillois, una lectura crítica de la historiografía marxista. Más que un tiempo de invenciones, vivimos un tiempo de balances que tiende al eclecticismo, una suerte de síntesis distanciada y provisoria de las tradiciones que escogemos, justamente, desde nuestra imaginación social contemporánea.

Por qué el tiempo vuela cuando nos hacemos mayores, Douwe Draaisma. Traducción de Catalina Ginard. Alianza, Madrid, 2006, 320 pp.

La memoria es uno de los ingredientes de la condición humana

porque está en la base de su historicidad. Así lo entiende Draaisma, profesor en la holandesa universidad de Groningen. Nuestra vida es un libro que vamos escribiendo a lo largo del tiempo y que sólo podemos descifrar, como lectores, en nuestra vejez, o sea cuando se cierra la parábola de nuestra historia.

El autor renuncia a la explicación exclusivamente materialista y neurofisiológica de la memoria. Hacen falta otros elementos: la doble calidad del tiempo (la objetiva y la duración), las experiencias personales, la invención artística. Así desfilan por estas páginas, con sostenida amenidad narrativa, memorialistas, descubridores, ingenieros de peregrinos aparatos para objetivar la memoria, memoriones extraordinarios y escritores como Guyau, Proust, Thomas Mann y Sigmund Freud.

El funcionamiento de la memoria depende, entonces, de nuestras vivencias, que subrayan algunos eventos y olvidan otros, dejando en el medio que la rutina reitere y acelere el paso de los días y los años. Con su transcurso, el tiempo remonta en el aire del recuerdo y echa a volar. Nosotros lo seguimos como si él huyera, hasta que advertimos que somos ese vuelo y esa fuga.

La cultura después del humanismo. Historia, cultura, subjetividad, *Iain Chambers. Traducción de Manuel Talens. Cátedra Fronesis PUV, Madrid, 2006, 272 pp.*

¿Asistimos a una época de pos-humanismo? Si el humanismo es occidental y moderno, y se caracteriza, como sostiene el autor, por la permanencia del sujeto que observa la realidad de la historia, entonces su puesta en tela de juicio puede legitimar su archivo en el pasado. Chambers admite que la modernidad siempre estuvo en disputa consigo misma y, en especial, cuando criticó la idea de progreso. Se asomó a «otra parte», al *ailleurs*, exploró la diversidad del mundo humano, se puso en lugar del otro, como bien señaló Starobinski. Se impone otra concepción del sujeto, una ética diferente, la aceptación de la humanidad como diversa e incompleta.

No hay, pues, visión homogénea ni punto de vista único. El infinito y lo indeterminado, que preocuparon a barrocos y románticos, imponen una crítica de la racionalidad. Hasta aquí, Chambers se adhiere a la tra-

dición moderna de la crítica de la razón y la perplejidad de un conocimiento siempre en estado de prórroga. Luego deriva hacia autoridades como Heidegger, que no son críticos de lo moderno, sino radicales cuestionadores del error occidental, la modernización. A ello suma los estudios poscoloniales y multiculturales, que resucitan el amor a lo arcaico y la dispersión del mundo histórico en universos cerrados y autosuficientes. Una cosa es la diversidad, que supone una razón universal que la piense, y otra, el historicismo, que hace de cada entidad diversa un universo.

Un indefinido proceso de crítica de lo existente, de comparación y de diálogo, es un complejo plenamente moderno. Entender al otro es una de sus tareas, pero cabe siempre la duda de si el otro está dispuesto a ser entendido por alguien que quiere entenderlo. Es el punto en que la crítica, que involucra pacíficamente al otro, se convierte en cuestionamiento: guerra y supresión de la alteridad.

B.M.

El fondo de la maleta

A vueltas con don Pío

Este año se cumple medio siglo desde la muerte de Pío Baroja. El hecho explica la proliferación de relecturas, biografías, aplausos y diatribas que suscita su nombre, aparte de su vigencia escolar y general como novelista aún hoy leído. Su nihilismo, enemigo de toda fijeza, fuera sustancial o conceptual, sonrosado por su pudibunda sentimentalidad, dio para todo. Mejor dicho: para ir contra todo. Lo difícil de esta embestida universal es saber desde dónde la articuló Baroja. Tal vez la respuesta más fácil es la de recordar sus querencias románticas, desde el tío vivo al folletín, desde el anarquista activo al príncipe destronado. Romántico es el artista que se aísla de los demás, mal hijo de la burguesía filistea, y observa el mundo como el paisaje de una radical extrañeza, a veces como activista del terror, otras como místico del quietismo. En el medio, sin participar o compartir, la aventura que resulta, en ocasiones, camino de perfección.

Baroja es autor de una obra voluminosa. Se podría decir que es un escritor con obra pero sin

libros. En efecto, ninguna de sus novelas se sostiene como tal. Amenas de leer, sumarias hasta la chatura en cuanto a psicología, con habilidosos cuadros de ambientes y soluciones de folletín, es difícil acercarlas a los grandes ejemplos del género en su tiempo. Pensemos a Baroja como coetáneo de Proust, Svevo, Schnitzler, Henry James, Kafka, Joyce y Thomas Mann.

Los funerales de don Pío, en pleno franquismo, contaron con presencia oficial al tiempo que fueron un gesto mudo de homenaje a un personaje notorio que, sin poderlo decir claramente, no encajaba en el canon del régimen. A la distancia, sin embargo, con frecuencia sus lectores hallamos en él a un judeocristiano que rumia la amargura de pertenecer a un mundo maldito por el pecado, naturaleza caída e irreidenta del ser humano que camina por los embrollados senderos del mundo sin saber, hasta el momento de la iluminación, que se dirige hacia su tumba, la corrupción del cuerpo y el olvido del nombre.